

Stéphane Courtois y Galia Ackerman
(directores)

**EL LIBRO NEGRO DE
VLADÍMIR
PUTIN**


ESPASA

Stéphane Courtois y Galia Ackerman
(directores)

EL LIBRO NEGRO DE VLADÍMIR PUTIN



Título original: *Le libre noir de Vladimir Poutine*

© Éditions Robert Laffont / Perrin, París, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Traducción: © Anna Moreno, 2022

Diseño de cubierta: © Studio Robert Laffont

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-6767-5

Depósito legal: B. 19.136-2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
GALIA ACKERMAN y STÉPHANE COURTOIS	

PRIMERA PARTE

Crónica de una dictadura anunciada

1. Vladímir Putin, un <i>Homo sovieticus</i> (1992-2000)	19
GALIA ACKERMAN y STÉPHANE COURTOIS	
2. El KGB regresa al poder	37
GALIA ACKERMAN y STÉPHANE COURTOIS	
3. La huida hacia adelante —y hacia el pasado— de Putin ..	58
GALIA ACKERMAN y STÉPHANE COURTOIS	
4. Vladímir Putin: chequista una vez, chequista siempre	79
ANDRÉI KOZOVOI	
5. La creación del <i>Homo postsovieticus</i> : la ingeniería de almas en la era de Putin	94
FRANÇOISE THOM	
6. El lenguaje de Putin: emblema de un «código vital»	110
YVES HAMANT	

SEGUNDA PARTE

Una política de desestabilización y agresión

- | | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 7. Chechenia bajo el dominio de Putin | 125 |
| MAIRBEK VATCHAGAEV | |
| 8. Putin y Georgia: la negación de la soberanía | 141 |
| TORNIKE GORDADZE | |
| 9. La militarización de las conciencias como preparación
para la guerra | 161 |
| GALIA ACKERMAN | |
| 10. Putin, las guerras híbridas y la desestabilización de
Occidente | 176 |
| NICOLAS TENZER | |
| 11. Putin y la ofensiva periférica | 188 |
| NICOLAS TENZER | |
| 12. Putin y la obsesión ucraniana | 204 |
| MIKOLA RIABCHUK e IRINA DYMYTRYCHYN | |
| 13. Vladímir Putin y el fiasco de los servicios de inteligen-
cia en Ucrania | 252 |
| ANDRÉI KOZOVOI | |
| 14. Los pilares de la política exterior de Putin: recluta-
miento, extorsión y chantaje | 263 |
| FRANÇOISE THOM | |
| 15. Las redes de Vladímir Putin en Occidente y sus mé-
todos | 285 |
| CÉCILE VAISSIÉ | |

TERCERA PARTE

Vías y medios para el poder total

- | | |
|-------------------------------------------|-----|
| 16. El asesinato de pueblos enteros | 305 |
| FRANÇOISE THOM | |

17. El aplastamiento de los medios de comunicación, las ONG y la oposición en la Rusia de Putin	323
CÉCILE VAISSIÉ	
18. Putin y la reescritura orwelliana de la Historia	344
STÉPHANE COURTOIS	
19. Putin, jefe de los oligarcas	374
CÉCILE VAISSIÉ	
20. La religión ortodoxa como arma política	394
ANTOINE ARJAKOVSKY	
21. Una sociedad pseudoconservadora que camina hacia atrás	415
GALIA ACKERMAN	
22. El largo brazo de Vladímir Putin	433
ERIC FRATTINI	
<i>Epílogo. ¿Hacia dónde va Rusia?</i>	451
GALIA ACKERMAN y STÉPHANE COURTOIS	
<i>Sobre los autores</i>	457

1

VLADÍMIR PUTIN, UN *HOMO SOVIETICUS* (1992-2000)

Galia Ackerman y Stéphane Courtois

La aparición de Vladímir Putin en el escenario histórico es, sin duda, uno de los acontecimientos más incongruentes de los últimos treinta años. Diversos rumores han atribuido el ascenso meteórico de este hombrecillo sin carisma a una especie de genealogía de la alta nobleza comunista. Para unos sería nieto del cocinero de Stalin¹ e hijo de un heroico oficial, miembro del NKVD²; para otros nació de una relación extramatrimonial con una mujer georgiana de origen ruso, llamada Vera Putina, que lo dejó a la edad de diez años con sus abuelos antes de ser adoptado por sus padres oficiales³.

La verdad es mucho más simple. Vladímir Putin nació en 1952 en San Petersburgo, en el seno de una familia muy modesta, profundamente marcada por los 872 días de asedio a Leníngrado por las tropas alemanas (1941-1944), durante los cuales su

¹ Su abuelo Espiridos era un campesino reconvertido en cocinero. Al parecer había formado parte del personal de cocina de la familia de Lenin en Gorki, tras la muerte de este, pero nunca sirvió a Stalin.

² Así aparece en un libro que recoge entrevistas de tres periodistas rusos, *Première personne*, 2016. Este libro tan elogioso se publicó en ruso en el año 2000.

³ «Les fantômes de Vladimir Poutine» (veridik.fr) <<https://veridik.fr/2022/03/01/les-fantomes-de-vladimir-poutine/>>. Un reputado krenlinólogo de los años ochenta llegó incluso a presentar a Putin como hijo cuasi adoptivo de Yuri Andrópov (Alexandre Adler, entrevista en la RTBF, 3 de marzo de 2002).

padre cayó herido en el frente y su madre se vio condenada a morir de hambre. Niño enfermizo y chivo expiatorio de sus compañeros de la calle, se convirtió en un adolescente turbulento y combativo, y entró en la Universidad de Leningrado a estudiar Derecho —ese código legal «socialista» que permitía condenar al Gulag o a la muerte a los «enemigos del pueblo»— bajo la dirección del profesor Anatoli Sobchak. Fascinado por el poder del KGB, hizo todo lo posible por ser reclutado en las bases de la organización, donde escaló hasta llegar a los primeros rangos, convirtiéndose en el oficial responsable de la lucha contra los disidentes en la región de Leningrado. Su actividad le valió otro ascenso y pasaría un año en el Instituto Andropov. A pesar de haber recibido una evaluación bastante negativa⁴, Putin se trasladó después al Servicio de Inteligencia Exterior y fue enviado en 1985 a la República Democrática Alemana (RDA), a Dresde, con inmunidad diplomática, como director de la Casa de la Amistad RDA/URSS, aunque en realidad iba a desempeñar otras actividades menos evidentes.

De hecho, una de las principales operaciones de Putin tuvo lugar en la enorme Feria Industrial de Leipzig, que se celebraba cada dos años y servía como «escaparate» del mundo agrario comunista. Decenas de empresarios occidentales acudían al evento con la esperanza de obtener jugosos contratos, entre los que Putin buscaba objetivos interesantes desde el punto de vista de la tecnología punta. Se las ingenió para «pescarlos» con los métodos más clásicos: un batallón de chicas bonitas dispuestas a distraer a lo amables señores; amén de unas espléndidas fotografías que permitían entablar un diálogo «asimétrico», comúnmente llamado «chantaje sexual». Esta propensión putiniana a lo que, en el lenguaje del KGB, se llamaba *kompromat* viene de lejos⁵.

⁴ Según el exespía soviético ruso Serguéi Zhirnov, Putin habría sido declarado «no apto» en el Instituto Andropov, una escuela del KGB que entrenaba a futuros espías. Véase Serguéi Zhirnov, «Á l'Institut Andropov, on avait déclaré Vladimir Poutine inapte» (lefigaro.fr).

⁵ Sobre este asunto, véase Stéphane Courtois «Poutine, kompromat et chantage sexuel», *Desk Russie*, n° 18, marzo de 2022.

Parece que, efectivamente, ya había intentado obligar a un profesor de Medicina de la RDA a proporcionar información sobre venenos mortales susceptibles de no dejar rastro chantajeándolo con documentos pornográficos.

En noviembre de 1989, Putin fue testigo, estupefacto, de la destrucción del Muro de Berlín por parte de los manifestantes que, en pocas semanas, provocó la caída, como «fichas de dominó», de los regímenes comunistas de cinco de las «democracias populares»: RDA, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria. Putin, ocupado con la quema de los documentos de la Stasi para que no cayeran en manos de los rebeldes⁶, se dio cuenta entonces de los peligros que representaban para un poder dictatorial la fuerza de la opinión pública y las grandes manifestaciones pacíficas. Esto le provocaría un miedo visceral hacia el pueblo y un odio a la democracia que se intensificarían con el paso del tiempo. Obligado a regresar a la URSS de Gorbachov, en un momento en que el país estaba contaminado por un pujante movimiento democrático, Putin quedó aún más traumatizado cuando, en el verano de 1991, se produjo en Moscú un intento de golpe de Estado por parte de los dirigentes que se oponían a cualquier reforma del sistema, lo que desencadenó un conflicto destructivo entre Gorbachov, primer y último presidente de la URSS elegido por el Congreso de los Diputados del Pueblo, y Borís Yeltsin, presidente de la Federación Rusa, elegido por sufragio universal. Este enfrentamiento desembocaría pocos meses después en la destrucción de la propia Unión Soviética. En agosto de 1991, Estonia, Letonia y Lituania proclamaron su independencia; el 24 de agosto, el Sóviet Supremo de Ucrania proclamó la independencia de esta república soviética, confirmada en diciembre de 1991 por un referéndum: casi el 90% de los votantes, incluidos el Donbás y Crimea, votaron por su independencia.

El 8 de diciembre de 1991, Yeltsin y sus homólogos ucranianos y bielorrusos crearon una Comunidad de Estados Indepen-

⁶ Hungría fue la primera en rebelarse, a finales de 1988.

dientes que dejó a la Unión Soviética sin ninguna realidad y dio lugar a doce Estados diferentes: Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Armenia, Georgia, Azerbaiyán, Uzbekistán, Kazajistán, Tayikistán, Kirguistán y Turkmenistán. El 25 de diciembre de 1991, a las siete de la tarde, Gorbachov firmó el decreto de su renuncia, que marcó oficialmente el final del primer régimen totalitario de la historia, creado por Lenin en noviembre de 1917. Una hora más tarde, en la cúpula del Kremlin, la bandera roja con la hoz y martillo fue sustituida por la bandera blanca, azul y roja de Rusia. El mundo entero pensó que Rusia inauguraba por fin el comienzo de una era democrática.

La realidad era muy distinta. En 1945, la Alemania nazi había sido derrotada militarmente, forzada a una rendición incondicional y dividida entre los vencedores en varias zonas; sus élites habían desaparecido durante la guerra o habían sido condenadas a muerte, prisión o degradación cívica. Sobre todo, los juicios de Núremberg habían estigmatizado la ideología racista del régimen nazi, sus líderes y sus crímenes frente al mundo. En su zona de ocupación, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia habían obligado a las autoridades a adoptar normas democráticas de gobierno, llegando incluso a oponerse frontalmente a los soviéticos, que organizaron en 1948 el bloqueo de Berlín. Los tres países crearon un puente aéreo diario para abastecer a sus guarniciones y a la población civil de Berlín, obligando a Stalin a ceder un año después.

Nada de esto sucedió en la Rusia postsoviética, pues el régimen se derrumbó por sí solo debido a una economía comunista «administrada», que llevó al país a una inmensa bancarrota, con un sistema de cooptación de líderes que conducía al «estancamiento y a la gerontocracia», que se había sostenido durante setenta años exclusivamente gracias a un terror de mayor o menor intensidad al que Gorbachov —este es su mérito— había decidido poner fin. De hecho, Yeltsin no se lanzó a ninguna «desovietización» real y la mentalidad soviética no desapareció como por arte de magia. El nuevo himno ruso se basaba en el de época de Stalin, solo que modificando la letra. Gorbachov y Yeltsin

permitieron la libre expresión, pero no fueron capaces de construir instituciones democráticas y un Estado de Derecho. Muchas instituciones se contentaron con cambiar de etiqueta, y la presidencia de Yeltsin adoptó rápidamente el sistema de funcionamiento secreto y opaco del antiguo Buró Político del PCUS. Sobre todo, se mantuvo al personal del antiguo régimen totalitario en sus puestos, a pesar de que el KGB se transformó en FSB (Servicio Federal de Seguridad) y SVR (Servicio de Inteligencia Exterior)⁷.

El colapso de la ideología comunista rehabilitó repentinamente la propiedad privada y la posibilidad de un enriquecimiento personal casi infinito. Hubo una verdadera «fiebre del oro» y se asistió al saqueo general de la riqueza del país por parte de unos cuantos funcionarios del Komsomol —Juventudes Comunistas— y del PCUS que tenían información privilegiada. Esto dio lugar al surgimiento de un «capitalismo» salvaje que se desató tanto entre los exburócratas, que aprovechaban sus posiciones de poder para apoderarse de todo a capricho, como entre los buscavidas y delincuentes, lo que creó un clima de anarquía e intensificó la cultura de los «ladrones en la ley» y, por supuesto, la «ley» de los ladrones. De hecho, frente a los bolcheviques, frente a su partido de revolucionarios profesionales sujetos al «centralismo democrático» —«a una disciplina cuasi militar», en palabras de Lenin—, frente a su «lengua de madera», la casta de «ladrones en la ley» impondrá durante mucho tiempo su propia jerga, su propia jerarquía, dominada por el *pakhan* —el padriño—, seleccionado por sus pares, y su propia disciplina, simbolizada por un código de honor que sanciona cualquier deslealtad con la muerte.

En 1869, en su *Catecismo del revolucionario*, Serguéi Nechaiev, modelo para Lenin, ya declaraba: «Debemos unirnos al audaz mundo de los bandidos, los únicos y auténticos revolucionarios de Rusia». Y añadía:

⁷ Véase, en particular, Evguenia Albats, *La Bombe à retardement. Enquête sur la survie du KGB*, Plon, París, 1995.

El revolucionario es un hombre perdido de antemano. No tiene intereses especiales, asuntos privados, sentimientos, lazos personales, propiedad, ni siquiera tiene nombre. Lo absorbe todo por un único interés y en exclusión de todo lo demás, por un solo pensamiento, por una pasión: la Revolución. En lo más profundo de su ser, ha roto sus lazos con el orden público y con todo el mundo civilizado, con todas las leyes, conveniencias, convenciones sociales y reglas morales de este mundo, no solo con palabras, sino con hechos. El revolucionario es un enemigo implacable y continúa viviendo para destruir con mayor seguridad.

Del mismo modo, los «ladrones en la ley» —esta élite del hampa soviética— juraban lealtad absoluta a su comunidad y se declaraban «muertos» para el mundo exterior⁸. Tanto unos como otros solo respetaban la fuerza, la violencia, la crueldad y la astucia. Felix Dzerzhinski, fundador y líder de la Checa en 1917, brazo armado del Partido Bolchevique, que se convirtió en GPU, NKVD y luego en el KGB, recordaba a su adjunto, el 31 de mayo de 1918, el principio básico de esta enorme organización de terror: «No hay nada más eficaz que una bala en la cabeza para silenciar a alguien»⁹.

Esta cultura común en los dos polos opuestos del poder, que se hizo espectacular en el Gulag, donde los derechos humanos estaban sometidos al orden soviético, llevó a una criminalización general de la sociedad; por ejemplo, de 1960 a 1991 se dictaron 35 millones de penas de prisión en la URSS y uno de cada cuatro hombres había sido detenido. Hasta tal punto se habían filtrado en la sociedad la mentalidad del hampa y su vocabulario que Alexander Solzhenitsyn planteó la pregunta en su *Archipiélago Gulag*: «¿Quién de los chequistas y de los ladrones ha reeducado al otro?».

Por no mencionar los millones de víctimas inocentes masacradas durante las principales operaciones terroristas secretas, como la «descosaquización» de 1919, que supuso el asesinato de

⁸ Чем клянутся воры в законе | Media news (maxpark.com).

⁹ Citado por Nicolas Werth, en Stéphane Courtois, Nicolas Werth *et al.*, *Le livre noir du communisme*, Robert Laffont, 1997, pág. 79.

unas 300.000 personas, sobre todo en Ucrania; la «deskulakización» en 1929-1933, que afectó a cuatro millones de campesinos ucranianos (hombres, mujeres y niños), que murieron durante la hambruna orquestada por Stalin en 1932-1933, denominada *Holodomor*; el Gran Terror de 1937-1938, con 700.000 personas asesinadas de un balazo en la cabeza y otras tantas enviadas al Gulag; después, las inmensas masacres y deportaciones llevadas a cabo en los países conquistados entre 1939-1940 —Polonia oriental, los Estados bálticos, la Besarabia rumana—; las deportaciones de varias poblaciones soviéticas —los alemanes del Volga, los chechenos y otros pueblos del Cáucaso Norte, los tártaros de Crimea—, acusadas de «colaboración» durante la guerra, y purgas, ejecuciones y deportaciones de 1944 a 1953 en todos los Estados de Europa central y oriental, calificados con la antífrasis de «democracias populares». En esta sociedad imbuida de absoluta arbitrariedad, total impunidad y violencia, a menudo rayana en la crueldad y el sadismo, es en la que se crio el pequeño Vladímir Putin, adoptando sus «valores» y códigos desde muy temprano. La «guerra total» que Hitler libró contra la URSS y sus pueblos entre junio de 1941 y el verano de 1944, momento en que todo el territorio soviético fue liberado, supuso la muerte de 12 millones de soldados y 15 millones de civiles, además de la masacre de Oradour-sur-Glane.

Sin embargo, a la caída de la Unión Soviética no le siguió ninguna «descomunización». Ni el Partido Comunista ni el KGB fueron llevados ante ningún tribunal de Núremberg que pudiera condenar públicamente sus innumerables crímenes de lesa humanidad y genocidio. Con excepción de una pequeña minoría democrática organizada en torno a los antiguos «disidentes», que buscaban establecer el Estado de Derecho, la mentalidad de las nuevas élites postsoviéticas se parecía mucho a la de la vieja nomenklatura comunista y su brazo armado, el KGB, pero también a la del hampa: inmoralidad, desprecio absoluto por el pueblo y las leyes, obsequiosidad hacia el poder del Kremlin, lucha a muerte entre competidores, aplastamiento despiadado de los vencidos y los débiles y búsqueda incesante de enriquecimiento.

Mientras las sociedades de Europa central y oriental experimentaban un proceso de «depuración», consistente en desalojar de los cargos públicos a los más comprometidos con el anterior régimen totalitario, en Moscú el juicio por los crímenes del comunismo terminó en 1992 con la legalización del Partido Comunista de la Federación Rusa. Se reconoció que los líderes del Comité Central del PCUS y los del Estado soviético eran culpables de los crímenes del estalinismo, pero esto no era aplicable a las organizaciones básicas y primarias del partido, que no habían participado en dichos crímenes, y tampoco al Partido Comunista de la Federación Rusa, establecido en 1990. Así, cualquier esperanza de organizar un tribunal como el de Núremberg para juzgar los crímenes del comunismo quedaba sepultada bajo tierra¹⁰. A pesar de la reorganización, las estructuras de seguridad de la antigua URSS permanecieron en su sitio, a menudo con los mismos funcionarios. Entre ellos estaban la policía ordinaria (milicia), las fuerzas especiales (*spetsnaz*), los servicios del KGB —el FSB, encargado del contraespionaje, la vigilancia fronteriza, la lucha contra el terrorismo, el crimen organizado y la corrupción, y el SVR, a cargo del espionaje y la inteligencia extranjera—, el ejército y su Servicio de Inteligencia (GRU), y el Ministerio Público.

Esta nebulosa que formaba el brazo armado del poder pronto adoptó el nombre de *siloviki* —hombres fuertes que nunca dejaron de estar bajo las órdenes del Kremlin—. Pero, a diferencia de la época soviética, y con el objetivo de saquear el país, se unieron a ese inmenso bandolerismo que se les había encargado combatir. Como en el Partido Bolchevique, pero también como en cualquier mafia, su criterio básico era la lealtad absoluta al líder supremo, y la mejor prueba siempre es la participación en un asesinato —simbólico o real—, que es la que funda el llamado «pacto de sangre»¹¹.

¹⁰ Vladímir Boukovski, *Jugement à Moscou: un dissident dans les archives du Kremlin*, Robert Laffont, París, 1995.

¹¹ Alexánder Litvinenko, *Lubyanskaya prestoupnaya gruppировka*, Grani, 2002.

En esta situación de cambio, las luchas de clanes se intensificaron entre el presidente Yeltsin y los comunistas del Sóviet Supremo que dominaban el nuevo Parlamento. Comunistas y excomunistas luchaban por el poder en un clima de guerra civil latente. El 21 de septiembre de 1993, Yeltsin propuso una reforma constitucional que supuso la disolución del Congreso de Diputados del Pueblo y del Sóviet Supremo de la Federación Rusa, lo que provocó un levantamiento armado por parte del Parlamento, que fue derrocado con las armas el 4 de octubre. Hubo 146 víctimas mortales y miles de heridos¹².

El año siguiente, el 11 de diciembre de 1994, y con el fin de establecer un poder incontestable, Yeltsin declaró por sorpresa la guerra contra la pequeña república autónoma de Chechenia, que había proclamado su independencia en 1991, rechazando su adhesión a Rusia. Yeltsin afirmó que los separatistas eran «perros rabiosos que debían ser sacrificados como tales», antigua referencia a los ataques de Stalin en la década de 1930 contra «los perros rabiosos de los trotskistas». Pensó que la capital, Grozny, podría ser tomada en dos horas por un regimiento de paracaidistas, un siniestro presagio del ataque a Ucrania de 2022. Pero la resistencia chechena fue feroz, hasta el punto de que, el 31 de agosto de 1996, Rusia se vio obligada a firmar un alto el fuego y a reconocer el poder autónomo checheno, a costa, eso sí, de la muerte de casi 100.000 civiles y militares en ambos bandos¹³.

En este contexto desastroso, Vladímir Putin, que había regresado de la RDA y había sido testigo del colapso de su visión de un mundo dominado por la idea de la superpotencia soviética y su «brillante futuro», tuvo que mover ficha. Una vez más, el KGB le sirvió como punto de referencia. Putin, ya teniente coronel, se unió a la dirección del KGB de Leningrado y fue nombrado asesor en Asuntos Internacionales de su antiguo maestro, Anatoli Sobchak, que presidía el Sóviet de Leningrado. En 1991

¹² «Who Was Who? The Key Players In Russia's Dramatic October 1993 Showdown» (turbopages.org).

¹³ Первая чеченская война – frwiki.wiki.

fue elegido alcalde de la ciudad, que volvía a ser San Petersburgo, y Sobchak elevó el rango de su fiel asesor a presidente del Comité de Relaciones Exteriores del ayuntamiento.

Putin se mostró como un hombre fiel, a la par que extremadamente discreto y astuto. De forma oportunista, renunció al KGB y abandonó el partido. En el caos que reinaba entonces supo hacerse indispensable y se convirtió en la eminencia gris de Sobchak, que llegó a nombrarle primer teniente de alcalde. En aquel momento la ciudad era la capital del crimen organizado, una especie de «Chicago años treinta», pero a la rusa, y Sobchak, un hombre muy corrupto. Encargado de protegerlo, como abogado y como hombre del KGB, Putin mantenía vínculos tanto con la mafia local, que controlaba el puerto en el Báltico, como con las autoridades estatales, en particular el FSB, sucesor del KGB, y con sus socios en Alemania. Aprovechó para tomar el control del banco Rossia, donde se habían depositado parte de los fondos del PCUS¹⁴ e inauguró un modelo de corrupción alimentada por el crimen organizado y el lavado de dinero «sucio» derivado de actividades delictivas —narcotráfico, prostitución, contrabando...—. Después reunió a una banda de seguidores y comenzó a tomarle gusto al poder, como se muestra en la película filmada a mayor gloria de Putin en 1992 titulada *Poder*. Ejercía un poder secreto, discrecional y extremadamente remunerativo. Tenía solo treinta y nueve años de edad¹⁵.

En 1996, este increíble ascenso se cortó en seco. La gestión de San Petersburgo fue tan calamitosa que Sobchak no logró ser reelegido y Putin le siguió en su caída. De pronto, lo perdió todo, pero aprendió una gran lección: no es razonable dejar el poder a merced de unas elecciones democráticas. De este modo supo sacar lo mejor de la desgracia. Apoyado por una alianza de oligar-

¹⁴ Россия (банк) – Википедия (wikipedia.org).

¹⁵ «All Putin's Men: Secret Records Reveal Money Network Tied to Russian Leader», ICIJ (turboimages.org). Sobre el enriquecimiento ilícito de Putin en San Petersburgo, véase también Темное Прошлое Путина (livejournal.com)

cas mafiosos, los medios de comunicación que estos controlaban y los ex *apparatchiks*, Borís Yeltsin fue reelegido presidente de Rusia el 3 de julio de 1996. Esta elección marcó el triunfo de aquellos que pronto serían llamados los «oligarcas» y que, temiendo perder sus imperios industriales y financieros, adquiridos mediante latrocinio, en caso de que Yeltsin no fuera reelegido, financiaron su campaña electoral, dirigida por *polítekhnologi* —manipuladores de opinión— y *siloviki*. Sin embargo, poco después, Pavel Borodin, administrador de los bienes del Kremlin y notorio corrupto, propuso a Putin que se uniera a la administración presidencial de Yeltsin, ya bastante alicaída. Fue un trabajador tan leal al presidente que en 1998 le nombró jefe del FSB para toda Rusia. Un increíble ascenso para este joven oficial que, cuando asumió el cargo, declaró: «Para mí, trabajar en los servicios de seguridad es como regresar a mi tierra natal». Sin duda, esta deslumbrante promoción no era ajena al acuerdo entre Yeltsin y la alta jerarquía del FSB y otros servicios secretos. Además, a la pregunta formulada por el disidente Vladímir Bukovski sobre la promoción de Putin, este respondió con malicia: «¡Cómo! ¿No sabe usted que por encima de los tenientes coroneles están los generales?».

En el verano de 1998, el caos en el que se hundía el país provocó una catástrofe económica: la mitad de los bancos quebraron, el valor del rublo cayó un 75 % y millones de ciudadanos perdieron sus ahorros, muchos negocios cerraron y el desempleo campaba a sus anchas. Yeltsin se vio obligado a transformar su Gobierno y a nombrar como primer ministro a Yevgeny Primakov, un viejo *apparatchik* soviético que había sido primer vicepresidente del KGB en 1991, más tarde director de los servicios de inteligencia para el exterior, el SVR (1991-1996), y, finalmente, ministro de Relaciones Exteriores (1996-1998). No hay mejor prueba de que, diez años después de la caída del Muro de Berlín, Rusia no había sido ni desovietizada ni «deskagebeizada». Este hombre de orden saneó rápidamente la economía, pero estaba muy alejado del clan Yeltsin, para cuyos apetitos financieros suponía una amenaza.

Fue entonces cuando la carrera de Putin despegó definitivamente. De hecho, en 1997, el fiscal general de Rusia, Yuri Skuratov, abrió varias investigaciones anticorrupción dirigidas concretamente hacia la empresa suiza Mabetex, una constructora sospechosa de pagar grandes sobornos a familiares de Yeltsin con el fin de obtener jugosos contratos para la renovación del Kremlin, la Casa Blanca (el Parlamento ruso) y otros edificios públicos. El presidente, sus dos hijas y su yerno —Alexéi Diachenko, jefe de la administración presidencial, el corazón del poder— fueron imputados y sometidos a un proceso de destitución ante la Duma que, de haber prosperado, habría llevado a Yeltsin y a su familia ante la justicia. Sin embargo, el 18 de marzo de 1999 se produjo un tremendo golpe de efecto: un canal de televisión retransmitió un vídeo titulado *Tres en la cama* en el que podía verse a un hombre de espaldas desnudándose y retozando con dos mujeres jóvenes. Se dijo que este hombre era Skuratov. De nada sirvieron sus protestas; Putin intervino inmediatamente como jefe del FSB y atestiguó la autenticidad del vídeo, declarando que, en efecto, se trataba del fiscal Skuratov en compañía de dos prostitutas. El fiscal general fue suspendido y destituido en el mes de abril¹⁶.

Mientras tanto, el oligarca favorito de la familia de Yeltsin, Boris Berezovski, empezó a considerar seriamente la posibilidad de suceder al presidente, que había sufrido varios ataques al corazón. Para las elecciones del año 2000 quería poner en órbita a un hombre que pudiese controlar y que impidiera la victoria de Primakov, así que puso sus ojos sobre Putin, que hasta entonces había sido muy leal y eficaz en el caso Skuratov. La primera etapa de la operación se inició el 9 de agosto de 1999, cuando Yeltsin anunció, ante un país atónito, que cesaba a Primakov y, tres meses después —tras el interludio de Serguéi Stepashin—, nombró en su lugar a Putin, todavía prácticamente desconocido para el público general. El segundo paso, iniciado en el verano de 1999,

¹⁶ Para una buena visión general de la carrera de Yuri Skuratov, véase Последний независимый прокурор, России (politforums.net).

fue azuzar a un grupo de rebeldes islamistas de Chechenia para que invadiesen la región vecina de Daguestán. Una clásica operación de provocación destinada a desencadenar una guerra y condicionar a la opinión pública para favorecer la aparición de un hombre fuerte: Vladímir Putin.

Un poco más tarde, entre el 4 y el 16 de septiembre, comenzó la tercera etapa, la decisiva. Un núcleo duro de *siloviki* decidió actuar con más fuerza y organizó, entre el 31 de agosto y el 16 de septiembre de 1999, cuatro ataques contra edificios de apartamentos, incluidos dos en Moscú, en los que murieron más de trescientas personas¹⁷. La conmoción fue terrible y Putin, recién estrenado como primer ministro, corrió a la televisión para acusar a los chechenos con un discurso violento y soez: «Ni siquiera se les puede llamar animales y, si lo son, son bestias rabiosas. [...] Si los atrapamos en el baño, en el mismo retrete los dejaremos tiesos». La provocación fue doble: por un lado, recordaba la quema del Reichstag el 27 de febrero de 1933, que los nazis explotaron para inaugurar su política de terror «legal» contra sus oponentes, y, por otro, designaba como enemigos de Rusia a los chechenos, que, ya en época de los zares, eran considerados unos salvajes por su resistencia al avance ruso —las madres rusas amenazaban a sus indisciplinados hijos con «el Checheno», como en nuestro país lo hacían con el Hombre del Saco—. Esta estigmatización pasaba por alto el hecho de que, durante cinco días de febrero en 1944, Stalin deportó a Kazajistán y Kirguistán a toda la población de Chechenia y de Ingushetia, casi 600.000 personas, y que los supervivientes solo pudieron volver a sus hogares en la década de 1970, si es que sus casas no estaban ocupadas por colonos rusos. Subliminalmente se decía que Rusia no se arrepentía en absoluto de esta acción etnocida: no hay piedad para los «enemigos del pueblo» ruso.

Así, el 1 de octubre Putin volvió a involucrar a Rusia en una terrible guerra contra Chechenia, utilizando la táctica de un

¹⁷ Sobre la implicación de los servicios secretos rusos en aquellos ataques, véase David Satter, *The Less You Know, The Better You Sleep: Russia's Road to Terror and Dictatorship under Yeltsin and Putin*, Yale University Press, New Haven, 2016.

bombardeo intensivo sobre la capital, Grozny, como volvería a hacerlo en 2022 contra las ciudades ucranianas, especialmente Mariúpol. El ejército ruso, infinitamente más poderoso, terminó ocupando toda Chechenia en marzo de 2000, cometiendo innumerables crímenes contra la humanidad que rayaban en el genocidio del pueblo checheno —aproximadamente 1,4 millones de sus habitantes murieron—¹⁸. En esta ocasión se desarrolló una retórica propagandística para justificar las masacres, retórica que se repetirá en 2022 contra una Ucrania independiente. Sobre todo, se impuso una cultura de poder sin precedentes, mezclando el culto a la violencia extrema de la mafia, métodos de manipulación y operaciones secretas del KGB, y un frenesí de enriquecimiento personal de los líderes y su séquito gracias al saqueo del país.

Al mismo tiempo, y en vísperas de las elecciones parlamentarias, Berezovski creó todas las piezas para formar un nuevo partido progubernamental, Unidad, aliado con el Partido Comunista, heredero del siniestro PCUS para muchos rusos, que ganó las elecciones el 19 de diciembre de 1999¹⁹. Tras la victoria, Yeltsin presentó su renuncia el 31 de diciembre y nombró a Putin presidente interino. A cambio, y de manera inmediata, este firmó un decreto que garantizaba la inmunidad judicial de Yeltsin y su familia, y nombró a un tal Vladímir Ustinov como fiscal general —su primera decisión fue cerrar el expediente Mabetex—, en sustitución de Skuratov. De este modo Putin cumplía sus promesas con Yeltsin y Skuratov, declarando al respecto que Ustinov era «un arma fiable en manos del presidente y del poder ejecutivo, que ha olvidado que existe la exigencia de respetar la ley».

¹⁸ La mejor fuente sobre la segunda guerra chechena son los libros de la periodista rusa Anna Politkovskaia, asesinada en Moscú en el año 2006. (Hay varias de sus obras traducidas al castellano, concretamente la dedicada a la guerra en Chechenia: *La deshonra rusa*, traducción de C. Martínez, RBA, Barcelona, 2004. [N. del T].)

¹⁹ Sobre aquellas elecciones, véase *Выборы в Государственную думу 1999 года. Как это было – Vatnikstan*.

El caso Skuratov es de manual, un ejemplo claro de eso que los rusos llaman *kompromat*, una práctica habitual de los hombres del KGB durante décadas, desde la creación de la Checa en diciembre de 1917 por orden de Lenin. Se trata de difundir información comprometedora de personas susceptibles de entorpecer al Gobierno, incluso estableciendo previamente una «operación activa» para colocar a dichas personas en una situación —real o fabricada— que pueda dar pie a posteriores chantajes. El objetivo es, por tanto, deshacerse de un oponente, de un simple alborotador o de un colaborador poco «dócil» mediante calumnias o con la ayuda de un sistema judicial cómplice, sin necesidad de eliminarlo físicamente —que era el método de Lenin y Stalin—, sino chantajeándole y desacreditándole a ojos de la opinión pública. Para este propósito las técnicas modernas permiten utilizar fotos o películas tomadas sin el conocimiento de la persona, así como grabaciones de audio o escritos autógrafos robados o falsificados, incluso contenido comprometido introducido fraudulentamente en el ordenador personal del objetivo. La mayoría de las veces, el *kompromat* va dirigido a la vida privada del sujeto, en particular a sus prácticas sexuales —detalles que siempre gustan a un público *voyeur*—, lo que le permite poner de su lado a los simpatizantes y defensores de la «moral» al tiempo que deja suspendida una amenaza permanente sobre las cabezas de sus opositores.

En el caso Skuratov, el medio alemán *Correctiv*, que llevó a cabo una investigación exhaustiva, consideró que el escándalo había sido fabricado por hombres del FSB bajo las órdenes de Putin²⁰. Uno se pregunta cómo pudo ser filmado Skuratov —suponiendo que fuese él quien apareciese en el vídeo— en una habitación anónima con dos mujeres sin que se le hubiera tendido una trampa. En cualquier caso, Putin estaba jugando con el velo del doble chantaje. Por un lado, «tenía» a Yeltsin dispuesto a colocarse en la cima del poder a cambio de la destitución de Skuratov; por otro, «tenía» a Skuratov y, a través suyo, a todo el aparato judicial. Un golpe demasiado bueno para ser obra de un pequeño

²⁰ «Le système Poutine» (correctiv.org).

teniente coronel. No hay duda de que los generales del KGB habían activado a su títire..., que no tardaría en escapárseles después de haber anotado la eficacia del *kompromat* sexual.

El nuevo poder del Kremlin, tras abandonar cualquier idea de democratización real e incapaz de conformarse con el chantaje y la violencia, tuvo que sustituir la ideología comunista —desmonetizada durante mucho tiempo— por una narrativa susceptible de congregar a una parte de la opinión pública. Ante el fracaso de la narración leninista y estalinista del «brillante futuro» de una URSS comunista, cuyas ruinas se extendían ante los ojos de todo el mundo, Putin se vio obligado a crear una nueva «gran narración» histórica de Rusia. Primero optó por un retorno a la continuidad zarista. Así, el 6 de septiembre de 1991, promulgó un decreto por el que se devolvían los nombres de la era zarista a varias ciudades, incluyendo Leningrado, renombrada San Petersburgo, y Sverdlovsk, llamada así por uno de los principales líderes bolcheviques, que volvió a llamarse Ekaterimburgo. Precisamente en esta ciudad fue donde toda la familia del zar Nicolás II fue asesinada la noche del 17 de julio de 1918 por orden personal y secreta de Lenin. Sus restos desaparecieron. En 1976, Yeltsin, entonces jefe del Partido Comunista de esta gran región industrial de los Urales, siguiendo órdenes del KGB había hecho arrasar la «Casa Ipatiev», donde había tenido lugar la masacre. Sin embargo, en 1990-1991, ya como presidente de Rusia, el propio Yeltsin inauguró el primer monumento a las víctimas del terror estalinista para después ordenar la búsqueda de los cuerpos de la familia imperial, que, gracias a la desclasificación de los archivos, fueron descubiertos en una fosa común excavada en el bosque. Exhumados y más tarde identificados por su ADN, se enterraron con gran pompa en la catedral de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo el 16 de julio de 1998, ochenta años después de la masacre. Fue notoria la ausencia del patriarca ortodoxo Alexéi II, que se negó a que le relacionasen con dicho funeral.

A partir de enero de 1995, con el fin de anclar mejor su futuro al pasado imperial de los zares —presentado como glorioso—, el Gobierno reconstruyó en Moscú la catedral de Cristo Salva-

dor, que Stalin había dinamitado en 1931 y que había sido reemplazada por... una piscina. A partir de ese momento, el Gobierno impuso la idea de que Rusia seguía siendo una superpotencia. Los valores democráticos y el Estado de Derecho, que habían presidido parcialmente la caída de Gorbachov, fueron rechazados de nuevo en favor de un rompecabezas ideológico zarista-bolchevique, privilegiando la inmensidad territorial del antiguo Imperio y el absolutismo totalitario. Tal y como dijo el portavoz de Yeltsin, Viacheslav Kostikov, en febrero de 1994, «los conflictos ideológicos están siendo reemplazados por la lucha de influencias en el ámbito geopolítico».

La humillación colectiva provocada por el lamentable colapso de la Unión Soviética y el fracaso total de la doctrina marxista de supresión de la propiedad privada se veían ahora compensados por un nacionalismo agresivo, expansionista y antioccidental, organizado en torno a un viejo concepto rehabilitado, el «eurasianismo». Formulado en 1998 por el ideólogo Alexánder Dugin en sus *Fundamentos de geopolítica*, se suponía que una unión euroasiática reuniría a Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Kazajistán, Tayikistán, Uzbekistán y Kirguistán, y a esa «nación» se añadirían Serbia, Grecia, Irán, India, Irak, Siria y Libia. Puro delirio en el que Putin se inspiraría diez años después²¹.

El 26 de marzo de 2000 debían celebrarse unas elecciones presidenciales en las que Putin, sin duda, partía como favorito, pese a que se postulaba por primera vez y se le asociaba al poder de Yeltsin, por entonces totalmente desacreditado. Sin embargo, el Kremlin no pudo impedir la presentación, el 21 de febrero, de la candidatura de Skuratov, que prometió llevar a cabo su campaña en torno al asunto de la corrupción. Tras una intensa operación para manipular a la opinión pública a través del control de los medios, Putin fue elegido en la primera ronda. El 19 de abril, los organismos del Consejo de la Federación de Rusia —que agrupaban a los funcionarios electos regionales—, que habían recha-

²¹ Una gran entrevista con Alexánder Dugin realizada por Galia Ackerman, «L'idéologue de Poutine», *Politique Internationale*, núm. 144, verano de 2014.

zado hasta tres veces la solicitud del presidente Yeltsin de confirmar la destitución del fiscal, en un giro dramático terminaron votando a su favor en masa. La votación estaba claramente vinculada a un acuerdo con el Kremlin, pues los funcionarios regionales dependían del Gobierno central para la asignación de fondos a su región y para la obtención de diversos privilegios, incluyendo ciertas prebendas personales. Cansado de la guerra de guerrillas política, judicial y mediática que se libraba en su contra, el fiscal Skuratov aceptó la decisión, al tiempo que reiteraba sus acusaciones contra «el grupo de criminales que siguen figurando en la comitiva presidencial». Un grupo que, veintidós años después, todavía ostenta el poder absoluto en Rusia, liderado por Vladímir Putin.